



asuntos
públicos

— .cl



Centro de estudios del desarrollo

f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

20/03/2020

Sociedad

“¿En qué lado de la Historia estás?": Historia y memoria como juezas del estallido social

11/03/2020

Economía

Innovación y distribución de ingreso en el capitalismo desarrollado

31/01/2020

Política

La Constitución y la propiedad de las aguas: el problema detrás del texto constitucional (Parte 2)

28/01/2020

Política

La Constitución y la propiedad de las aguas: el problema detrás del texto constitucional (Parte 1)

31/12/2019

Sociedad

Malestar Social y Estética de la Violencia Civil desde Ideas Psicoanalíticas

16/12/2019

Economía

Difícil coyuntura macro en la OCDE

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1373

Sociedad

20/03/2020

“¿En qué lado de la Historia estás?": Historia y memoria como juezas del estallido social

Jaime I. Álvarez González¹

“El pasado, entonces, debe ser interrogado a la luz del presente. En cada período, en cada siglo, el historiador retoma su quehacer y cuestiona no solamente lo que existió antes que él, sino lo que ya fue pensado”.
Arlette Farge²

Una crisis es, por definición, un período de incertidumbre. Cualquiera ésta sea, es tal el nivel de preguntas, cambios y cuestionamientos que es muy difícil establecer en el corto plazo una conclusión o una determinación respecto al tiempo de la coyuntura, que no es un tiempo lineal, esquemático y de sucesiones lógicas. En su esquema de la crisis, Ortega y Gasset bautizó como “heterodoxia” a momentos históricos como el actual: las respuestas son distintas y muchas, y ninguna de ellas ocupa el centro de las creencias de las personas de manera importante. Hay tantas respuestas como personas y tantas experiencias como sujetos.

El Chile post 18 de octubre de 2019 se encuentra en un tiempo corto, coyuntural, de desconocida duración. La crisis social, manifestada en la rabia acumulada de los ciudadanos que estalló ese viernes de octubre, no permite dilucidar con claridad cuándo terminará esta sensación de crispación en la que hemos vivido desde entonces. Pero si de algo estamos seguros, es que el tiempo actual está muy lejos de parecerse a los 30 años de tiempo predecesor, aquellos que coronaron a Chile, durante al menos tres décadas, como el ejemplo de Latinoamérica. No en vano, medios del mundo titularon notas preguntándose si acaso presenciábamos el fin de la excepcionalidad chilena.

Qué duda cabe que en esta pasada, la temporalidad se ha vuelto parte de las preguntas, tensiones, cambios y continuidades que hemos vivido en estos casi cinco meses. Todas son cortas y ninguna todavía es definitiva. La Historia y la memoria se manifiestan en la esfera pública, pero la primera es permanente y está en retirada por un momento, para volver a ser estudiada y esquematizada más adelante. Su elaboración es compleja, de larga duración, con enconadas discusiones teóricas que luego se plasman en libros y se enseñan en la escuela. Nada de ello ocurre hoy, porque somos pura inmediatez. Cualquier publicación que adelante una respuesta pesada, monolítica, no puede sino responder al momentum del presente y eso está muy lejos de ser Historia.

¹ Licenciado en Historia (2014), Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha investigado temas asociados a la memoria post dictadura en Chile y ha trabajado en fundaciones sociales y de gestión cultural. Contacto: jjalvarezg.90@gmail.com / Twitter: @JaimeAlvarezG

² Farge, A. (2008). Lugares para la historia. 1ª edición en castellano, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, p. 9.

En contraste, la memoria es inmediata. Me gusta pensar en ella como ríos subterráneos que recorren la Historia por debajo, de manera silenciosa, pero siempre presente. Allí aparecen las narrativas disidentes de la excepcionalidad chilena, que durante el tiempo largo del pasado estuvieron diciendo que algo andaba mal. La memoria es pura subjetividad y, a diferencia de la Historia, es volátil, desbocada y no se deja amoldar por corrientes teóricas, que sólo pueden constatar su existencia o reconocer su proceso de formación, pero no forzarla a ser una cosa. A la Historia se la dota de sentido a través de la evidencia y los historiadores pasan horas y horas en el archivo buscando algún jirón de pasado que permita elaborar un relato. La memoria, en cambio, no requiere ir al archivo; surge, estalla, se hace presente y dialoga con la Historia que la aterriza y le marca la pauta. A veces conversan y otras, una se superpone sobre la otra. Historia y memoria están unidas por siempre en forma irremediable. No por nada, en la antigua Grecia se creía que Clío, musa de la Historia, era hija de Zeus y Mnemósine, diosa personificadora de la memoria. Ambas dialogan la una con la otra, se complementan y empoderan la una con la otra cuando pueden ser reconocidas.

La distinción entre Historia y memoria ha sido una importante discusión de la academia, sobre todo entre las distintas disciplinas que se dedican al estudio de ésta última. Por de pronto, los primeros estudios que hablaban de la memoria como un fenómeno colectivo corresponden a la sociología y fueron inicialmente explorados por Durkheim, pero profusamente abordados por el psicólogo y sociólogo francés Maurice Halbwachs, quien acuñó el concepto de "memoria colectiva". Para el autor, la memoria de las personas estaba dada por los recuerdos que se transmiten culturalmente, heredados especialmente desde la familia. Esto configura una idea del tiempo pasado en el sujeto, pero se trata de representaciones individuales fruto de vivencias personales que, entrelazadas con las representaciones sociales, elabora una idea del pasado.

De manera complementaria en la búsqueda por comprender el pasado, la Historia como disciplina académica, escrita con mayúscula, toma a la memoria como uno de los elementos que le permiten reconstruir los acontecimientos ya ocurridos e interpretarlos. Se trata de un ejercicio intelectual, analítico y crítico, cuyas formas de estudio incluso han sido convenidas por un grupo de personas que evalúan si un texto se adecuaba o no a ciertos parámetros académicos. Enzo Traverso señala que la Historia, en su pretensión de convertirse en ciencia, se emancipó de la memoria que era su tronco matricial pero demasiado efímera, engañosa e inexacta para ser verdad, convirtiéndose en "otra cantera del historiador" (Traverso, 2012, p. 282).

Pocas veces esta distinción se hizo tan patente como en los estudios que dirigió Pierre Nora para identificar aquellos lugares que albergaban la memoria de los franceses y cómo éstos se oponían, en muchas ocasiones, al relato histórico que se había construido de Francia. A partir de esto, Nora reconoce que existe un grupo de franceses que basaba su adhesión a la Historia en determinados espacios, en la celebración de fechas conmemorativas nacionales o en la teatralización de ritos propios de una República. Sin embargo, a fines de la década del '70, surgió una nación más ligada a la memoria: grupos regionales que buscaban reivindicar sus narrativas, silenciadas por la Historia hegemónica escrita desde París, y que comenzaron a demandar una mayor presencia en las discusiones patrimoniales de Francia porque veían en esto la última oportunidad para reconstituir una identidad que había sido postergada durante décadas o, incluso, siglos. A partir de este movimiento, Pierre Nora reconoce una "nación memorial" que desacraliza los monumentos, desborda el espacio público y anima sitios olvidados. La nación memorial reclama "todo tiene su Historia, todo tiene derecho a tenerla" (Nora, 2009, p. 198).

Es este diálogo conmovedor entre Historia y memoria el que ha sido parte de lo que hemos vivido en Chile durante el tiempo del estallido social. En este contexto, una pregunta interpeladora surgió en redes sociales y otros espacios de discusión digital: "¿En qué lugar de la Historia elegirás estar?". Se trata de una cuestión que demanda una toma de posición frente a los acontecimientos vistos y que establece una dualidad como respuesta: se puede estar en el lado correcto o en el lado equivocado de la Historia. Es, al mismo tiempo, una muestra elocuente de lo que señalaba en el párrafo anterior: se le demanda a la Historia una reacción inmediata. En otras palabras, la pregunta es pura memoria, pero interpela a la lentitud de la Historia para reaccionar a los acontecimientos actuales.

La pregunta reaviva la vieja discusión sobre la Historia como responsable de la moral del sujeto histórico. Los historiadores romanos, como Salustio y Tácito, buscaban transformar a los habitantes de Roma a través de las enseñanzas que hombres virtuosos o acontecimientos excepcionales podían entregar al presente alicaído y falto de moral que narraban en sus obras. No por nada, Cicerón definió a la Historia como "maestra de la vida" (*magistra vitae*).

Sin embargo, este ejercicio siempre se hacía en relación a un pasado que hasta el día de hoy es difícil de abordar. Carlo Ginzburg (2010) señaló que el propósito de la Historia como disciplina era "desenredar el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio", definición que complejiza la comprensión de la evidencia y la construcción de una narrativa histórica. De allí que podamos señalar que los juicios históricos obedecen a procesos y engranajes mucho más complejos en los cuales "lo verdadero" o "lo correcto", son concepciones a las que llegamos después de analizar los distintos elementos que tenemos frente a nosotros. Además, si la Historia juzga el comportamiento de los humanos en un determinado espacio temporal, al igual que en el caso de los romanos, esta discusión es siempre posterior.

Con todo, no quisiera desestimar la pregunta cuyo valor reside en que su inicio es la experiencia de las personas en el contexto del estallido social. Se trata de una interpelación que nace de quienes se sienten partícipes de esta coyuntura y que surge desde el sujeto que se reconoce con otros como miembros de un mismo relato, de experiencias subterráneas y opuestas al relato de los últimos 30 años, de una "nación memorial" - como señala Pierre Nora - que busca reconstituir lo que siente ha sido silenciado. A través de la crisis, la nación memorial ha encontrado un punto de unión masivo que no es el de la Historia que le enseñaron los textos escolares, sino la experiencia propia, familiar, subjetiva y solidaria, que es más real que los textos académicos y culturalmente opositora a cualquier intento de racionalización. Hacer esta distinción es vital, porque permite comprender de mejor forma esta enorme manifestación social y entender que no hay dato estadístico, gráfico o teórico que pueda combatir la memoria acumulada de vivencias que explotó frente al tiempo largo de las últimas tres décadas.

No sabemos cuál será el juicio histórico de este momento. La memoria como experiencia social también posee elementos objetivos que la historiografía considera cuando se escribe la Historia y que deberá tomar en cuenta cuando elabore la narrativa histórica del período comprendido entre el 18 de octubre y el fin del estallido social, que no sabemos temporalmente en qué momento ocurrirá y es una pregunta sin respuesta por ahora.

Si algo sabemos, como dijo Ginzburg, es que la Historia se construye siempre a través de "líneas fracturadas más que continuas, mediante inicios fallidos, correcciones, olvidos, re descubrimientos, gracias a filtros y esquemas que simultáneamente enceguecen y hacer ver" (Ginzburg, 2010, p. 158). De allí que no podamos establecer por ahora un juicio histórico, dado que en esos inicios, filtros y líneas fracturadas, puede que haya

todavía mucho más por deshilar. Por otro lado, la memoria, que siempre es asediada por la experiencia personal del sujeto histórico y los conflictos sociales en los que éste se encuentra inserto, puede ser veleidosa, cambiante y contraproducente. Ya lo señalaba la historiadora belga Laurence Van Ypersele, cuando señaló que la memoria es esencial en la comprensión del pasado pero también en la de nosotros mismos y de nuestro vínculo con el mundo, por lo que podría llegar a reconstruir la realidad pasada "para asegurar valores comunes imponiendo comportamientos y garantizando una valoración del yo, al precio, en ocasiones, de distorsiones, inversiones u ocultamientos" (Van Ypersele, 2006).

¿Qué responder entonces a la pregunta planteada? Las múltiples respuestas vendrán desde las más diversas disciplinas, como suele ocurrir cuando queremos explicar el pasado. Por ejemplo, desde el punto de vista del derecho será fundamental que éste ensaye respuestas sobre los mecanismos que fallaron para prevenir violaciones a los derechos humanos en democracia, cuestionando el relato histórico del "nunca más" que muchos profesamos y creímos después de la dictadura, pero ofreciendo respuestas que puedan evitar abusos y muertes por parte de agentes del Estado, como hemos presenciado durante este último tiempo en sectores urbanos del país. Desde otro foco, la Ciencia Política deberá advertir que nuestra democracia no supo dar el ancho ante la crisis de representatividad que vivimos en el mundo, buscando formas que nos aseguren una mejor canalización de las inquietudes ciudadanas y una democracia más directa y participativa. Nuestros amigos sociólogos deberán estudiar concienzudamente al individuo y a la sociedad, levantar datos, caracterizaciones y explicaciones que permitan comprender el momento actual de la sociedad toda e información acorde al momento que vivimos. Por cierto, a la Historia le corresponderá la difícil tarea de cuestionar sus propios constructos teóricos sobre el pasado reciente de Chile, tomando en cuenta las representaciones que han emergido con el estallido social, ocupando el espacio público y animando los muros rayados que dan cuenta del acontecimiento que vivimos.

Elaborar la respuesta a la pregunta planteada implica importantes discusiones teóricas que pueden durar varios años hasta encontrar un nuevo eje que sirva de interpretación para encontrarle sentido a lo que hemos vivido. Y si algo sabemos, es que la Historia es siempre un punto de llegada antes que un punto de partida.

Referencias:

Farge, A. (2008). Lugares para la historia. 1º edición en castellano, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.

Ginzburg, C. (2010) El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio. 1º edición, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Traverso, E. (2012) La historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo XX. 1º edición, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Nora, P. (2009) Pierre Nora en “Les lieux de mémoire”. 1º edición, Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Van Ypersele, L. (2006). “Les mémoires collectives”, en Van Ypersele, L. (dir.) Questions d’histoire contemporaine: conflits, mémoires et identités, Paris, Presses Universitaires de France, pp. 191 - 201.